

LENGUA
TERCER AÑO (1RA DIVISIÓN)
TURNO NOCHE

2021

Cuadernillos de Actividades
Profesora: Lis Alesso

ACTIVIDAD: 1

1) Lea el siguiente artículo, luego resuelva las consignas que continúan

Pesadilla en mar abierto: la odisea del turista que salió a pescar en kayak y fue "tragado" por el agua Por Gisela Sousa Díaz (Infobae 2 de marzo de 2019)

El verano pasado Marcos Tabarcachi quedó a la deriva en San Clemente. No tenía agua, abrigo, comida ni teléfono pero luchó contra olas gigantes, resistió la hipotermia y remó hasta que se le entumecieron los brazos. Cuando pensó que iba a morir, lo vieron desde una avioneta

Marcos y Carla, su mujer, habían elegido pasar sus vacaciones de verano en Mar de Ajó. Vivían en Palpalá, Jujuy, y **ni ella ni el hijo de la pareja -que en ese entonces tenía 2 años- conocían el mar**. Parecía un plan perfecto: Marcos amaba la pesca y nunca antes había tenido **tanto mar a su disposición ni tan cerca**.

Se alojaron en la casa de unos tíos, que tenían un kayak. Marcos Tabarcachi tenía experiencia en la pesca pero nunca antes se había subido a un kayak. Ese domingo 11 de febrero de 2018 le insistió a su mujer para ir a pescar a Punta Rasa, en San Clemente.

"Todos nos dijeron que no fuéramos porque era muy tarde, pero yo estaba desesperado por ir y convencí a mi señora". Cerca de las 3 de la tarde, montó la embarcación en el techo del auto, agarró su mochila y salieron.

—Me meto media hora y salgo— le dijo a su mujer, ya frente al mar.

Iba a ser un rato tan corto que trató de no llevar demasiado peso: **no agarró agua**, no cargó comida, dejó el celular. Marcos remó unos 100 metros mar adentro y se puso a pescar.

"En un momento me di vuelta y vi que me había alejado mucho. Había sudestado, yo no lo sabía, y **el viento empezó a llevarme para adentro**. Empecé a tratar de remar para volver pero era imposible: **el mar me tragaba**".

Marcos trataba de remar hacia la orilla pero "la punta del kayak se giraba hacia adentro" y las **olas, enormes, lo embestían de frente**. Todavía veía gente en la costa aunque "cada uno estaba en la suya" y nadie se daba cuenta de que no podía volver. "Cuando empezó a atardecer me puse muy nervioso. No sabía nada del mar y **cada vez veía menos**".

Creyó que Carla Aguilera, su mujer, no se había dado cuenta -"si no alguien tendría que haber entrado con una lancha a buscarme"-, pero a las 17 ella ya había llamado a Defensa Civil. Prefectura también recibió el pedido de auxilio.

La primera fue una noche sin luna. "Veía el faro hasta que dejé de verlo. Ya estaba desesperado y sentía un frío terrible cuando vi el helicóptero que apuntaba hacia el mar con un reflector. Sentí alivio pero enseguida me di cuenta de que **no me veían. Abrí rápido la mochila para buscar la linterna**. Recién ahí me acordé que el día anterior había cambiado una goma y había dejado la linterna en la guantera del auto".

En la mochila encontró una luz química -de esas que se iluminan cuando se quiebran- y pensó en pegarla con cinta aisladora a la punta de la caña: **"Pero temblaba tanto de frío que se me**

cayó al agua". Logró agarrarla pero cuando pudo pegarla y elevar la caña, **el helicóptero ya se había ido.**

"Lo vi dando vueltas durante una hora más o menos, pero lejos de donde yo estaba". Lo que siguió fue la peor noche de su vida.

"**Pensé que me moría.** Las olas eran gigantes y el viento muy fuerte. Luché toda la noche para no caerme del kayak porque tenía **un chaleco salvavidas pero roto, sin cierre, que no flotaba.** Obviamente no dormí, **nunca sentí un frío así, me estaba congelando.** Tenía las manos tan duras que creí que si las abría me iba a fracturar los dedos". Estaba en remera, short de fútbol y zapatillas.

Empapado, se abrazó las rodillas. Tenía 28 años y era policía: "**Había estado en situaciones límite, pero nunca una así**". Sabía de supervivencia pero en tierra y lo único que pudo aplicar fueron "las reglas universales": "Calmarse para pensar con claridad y tratar de mantenerte vivo hasta que alguien te encuentre". Su esposa, médica, sufría en la orilla: **no hacía falta que nadie le explicara que, si su marido seguía vivo, la hipotermia podía terminar con la esperanza.**

El lunes, cuando amaneció, Marcos había luchado tanto contra las olas que estaba extenuado. "Igual me mentalicé. Pensé: 'Si no vuelvo solo, no vuelvo más". Me repetía '**lento pero seguro**'. Remé sin parar guiándome por el sol, me acordaba dónde había salido".

El sol perpendicular indicó que ya era mediodía -el reflejo en el mar no le permitía abrir los ojos-, y Marcos seguía sin haber llegado a ningún lado. "No tenía hambre, supongo que por la adrenalina, pero **la sed era terrible**".

Ese mediodía vivió lo que hoy recuerda como "**el momento más crítico**". "Me agarró una ola de costado y volé, no me dio tiempo a nada. **El kayak quedó dado vuelta, la mochila desapareció, y yo con ese salvavidas inútil** en medio del mar. De repente sentí que algo me tiraba de la pierna para abajo. Se me había enredado la sogá con el ancla en la rodilla".

Dice que ya no tenía fuerza y que fue la primera vez que **pensó en dejarse morir**. "Uno piensa en rendirse, dice 'bueno, es increíble pero me pasó". No estaba por morir en un choque, sin darse cuenta de nada: **estaba asistiendo a su propia muerte.** "Pero fue un segundo. Después pensé: 'No puedo ser tan hijo de puta para dejar a mi mujer y a mi hijo solos".

Se desenredó pero no logró subir al kayak. La única forma fue darlo vuelta, dejarlo como una tabla de surf y sentarse con las piernas abiertas. "**Tenía las piernas en el agua cuando vi a los tiburones.** No sé nada de tiburones pero debe haber sido una familia, porque iban dos grandes adelante y tres más chicos atrás". Y aunque está contando el momento más dramático, **esta parte le da risa:** "Me quedé quieto con el remo en la mano como para pegarles en la cabeza si se me acercaban".

Pasaron por debajo de sus pies, cree que ni lo miraron.

Marcos -que siempre había creído que debía existir "un Dios" o "un poder superior" pero nunca había creído en sus representantes- hizo un pedido silencioso: "**Le pedí a Dios que le dijera a mi señora que no dejara de buscarme**". Mucho tiempo después le contó aquel pedido a Carla. Sacaron cuentas: ese mismo día, cuando ella logró dormir, soñó que Marcos le decía '**estoy vivo**".

Cuenta Marcos que el lunes por la tarde **comenzó a despedirse de todos**. Pensó qué había hecho mal y qué había hecho bien, pidió disculpas a quienes había lastimado y **le pidió perdón a su hijo porque no iba a poder criarlo**. Después, escuchó que alguien se zambullía cerca.

"**Eran lobos marinos**. Un día antes habíamos ido a Mundo Marino y habían explicado que los de ahí estaban entrenados pero que en verdad a los lobos no les gusta la gente". Volvió a quedarse quieto, **seguro de que iban atacarlo cuando estuviera desprevenido**. Pero se fueron, el sol empezó a retirarse y a crecer la segunda noche.

"En eso vi una lucecita blanca a lo lejos. Sentí mucha emoción y mucha adrenalina. **Había una luna finita que iluminaba todo, como en los cuadros que pintan en la peatonal**. Después empecé a ver pares de luces e imaginé que era una fiesta con autos en la playa. Pensaba en salir y comprar una gaseosa, la sed me estaba matando".

Remó con el viento a favor hasta que se le acalambraron las piernas, los brazos y las manos se entumecieron. **Como las flores que se cierran de noche, las manos se volvieron puños**.

Intentó "mil veces", no pudo seguir remando. Pasó la segunda noche despierto y el martes, apenas amaneció, se quedó dormido por primera vez. "Me acuerdo perfecto. Soñé que había yuyos en el mar y se abría un camino. Que venía un hombre parado en un bote empujándose con un palo. Era pelado y tenía ropa vieja. **El bote estaba lleno de chatarra, era como un cirujano del mar**. Me decía por donde ir y me daba agua. Al toque me desperté, una ola me tiró del kayak".

Al mediodía dejó de remar y entendió que ya no iba a poder seguir. **Calculó, por la sed, que a lo sumo le quedaba un día de vida**. Sabía que no podía probar el agua de mar y **empezó a tragar menos para economizar saliva**. Estaba abatido cuando escuchó primero y vio después a la avioneta blanca. Le pareció que lo habían visto pero no se animó a celebrar. La avioneta se alejó, volvió y alguien arrojó un tarro en el mar que empezó a hacer humo.

Veinte minutos después, Marcos subía a un barco de Prefectura y se abrazaba con desconocidos. Fue un abrazo largo y silencioso. El jefe de Prefectura le dijo: "**Nadie que conozca el mar podía pensar que estabas vivo**". Lo esperable era que hubieras muerto de hipotermia la primera noche".

Alguien, en el barco, insistió: "**Algo habrás hecho bien en la vida muchacho**, nadie vuelve vivo de una noche en el mar". La noticia de que lo habían encontrado vivo llegó a los medios más importantes del país.

Desde el barco le permitieron llamar a su mujer. "Cuando me atendió le dije: '**Soy yo**'. Fue un griterío bárbaro. Mi mamá y mi papá habían venido de Jujuy y estaban ahí con ella. Estaban mis tíos, todos". Marcos había aparecido en Santa Teresita, 18 kilómetros mar adentro. Alguien filmó la llegada a la orilla: lo traen en un gomón envuelto en una frazada, la gente aplaude, hasta un perro se mete al mar a darle la bienvenida.

"Hasta ese día yo era la típica persona que trabaja mucho para comprar cosas. La casa, el auto. Recién cuando vi la cara de alegría de mi hijo o cuando mi mamá me dio un beso me di cuenta de que nada de lo otro tenía valor. **Tenía todo y no me había dado cuenta**".

Marcos se repuso rápidamente a la deshidratación y quiso volver a Jujuy. **"Tenía miedo de que fuera un sueño, despertarme y seguir en el mar"**. Allá lo recibieron con una fiesta y un pasacalles que decía: *"Bienvenido Marcos. Tu fortaleza, fe y valentía te trajeron de regreso a casa"*.

El mar, sin embargo, no se convirtió en un enemigo: cuatro meses después, y con ayuda de un médico que conocieron en medio del drama, se mudaron a Mar de Ajó. Marcos dejó la policía y ahora trabaja en un hotel. Carla es ginecóloga en el hospital local. **A fin de año, y de la mano de su hijo, se casaron.**

En la foto de su whatsapp los dos están de espaldas, mirando el mar. El abraza a su mujer, ella lo toma por la cintura. "¿Qué pienso cuando miro el mar? Que somos capaces de hacer cualquier cosa para salir adelante, uno solo se pone los límites. **Basta con creer en lo que puedas: en Dios, en uno mismo, en tu hijo, en lo que sea que te de fuerza.** Ahí está el poder".

2- Busque información en internet sobre las personas gramaticales de los textos. A continuación, Identifique las personas gramaticales del relato (dé un ejemplo de las que encuentre).

3- Identifique en el mismo texto los 6 elementos del circuito de la comunicación (Emisor, receptos, mensaje, referente, código y canal)

4- Escriba un sinónimo y un antónimo: de Fuerza- miedo- hijo.

5- Marcos pensó que iba a morir en algún momento? ¿Carla pensó que no volvería a ver a Marcos? Justifique sus respuestas

6- ¿Por qué creés que sobrevivió?

7- Realiza una reflexión personal, teniendo en cuenta el sentido del relato.

8- Busque información en internet sobre "campo semántico" de un texto. Complete el campo semántico con 6 palabras para cada grupo: mar- lobos mainos- kayak // frío- hipotermia- morir- fe. Luego coloque un título a cada campo.

9- Conectores. Busque ejemplos de cada tipo: *adversativos- adición- tiempo- causa efecto- ejemplificación*

ACTIVIDAD: 2

1) Lea el siguiente fragmento de la novela *Los vecinos mueren en las novelas de Sergio Aguirre*. Luego Resuelva las consignas que continúan

Recuerdo, también, que el tren salía del andén número cinco. Y que entré a ese compartimiento porque tenía las cortinas cerradas. Como aún faltaban unos minutos para salir, supuse que alguien había olvidado correrlas, y estaría vacío. Apenas puse un pie adentro, escuché una voz, casi un susurro, que me dijo: «Por favor, no abra las cortinas». No había

alcanzado a reparar en esa muchacha, sentada al borde de uno de los asientos, casi pegada al pasillo.

Estaba bastante oscuro. Una sola lámpara, apenas arrojaba una luz mortecina en el compartimiento. Me resultó raro. Las cortinas de la ventanilla también estaban cerradas. «Me parece que hace falta un poco más de luz. ¿Puedo...?», dije tratando de ser agradable, mientras encendía otra lámpara. La muchacha, desde el rincón de su asiento, hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Entonces la vi. Era muy joven. Tenía un rostro común, más bien ancho, y extremadamente pálido. No era fea, aunque me resultaba algo vulgar. Recuerdo que llevaba un peinado que hacía furor en esa época, y que no me gustaba. Pero lo que más llamó mi atención fue esa imagen inmóvil y crispada, con los ojos muy abiertos y la mirada vacía. Su respiración era muy fuerte. Pensé que podía estar enferma. Hacía calor, pero ella permanecía enfundada en un abrigo marrón que llegaba hasta el suelo. Para mis adentros, comencé a lamentar que el compartimiento no hubiese estado vacío. «¿Viaja usted sola?». No fue la pregunta, sino la forma en que la hizo lo que me incomodó. Es difícil de explicar, pero me di cuenta de que no era una pregunta de cortesía, usted sabe, de las que se hacen en esas ocasiones. Parecía otra cosa. Tal vez quería iniciar una conversación. Le contesté que sí, sin más. Verá, nunca fue mi costumbre relacionarme con desconocidos en los viajes, uno... nunca sabe a quién tendrá que soportar por kilómetros. Además, algo en esa muchacha me resultaba extraño, no me gustaba.

a) A este fragmento le faltan un principio y un final, entonces:

* Escriba un principio en el que relate las características de los personajes que aparecen en el relato, de dónde vienen, hacia dónde van; el tiempo y el lugar del relato, todo lo que crea necesario para introducir la atmósfera de la historia

*Escriba luego, un final. El mismo trate de que sea inesperado, piense bien qué cosa rara puede suceder antes de ponerse a relatar.

b) Redacte una noticia, de diario, en la que se cuenten los detalles de la muerte de un vecino. Antes de escribirla, lea algunas noticias en los diarios para ver ejemplos de cómo redactarla.

ACTIVIDAD: 3

1) Lea el siguiente cuento y:

a- Investigue en internet datos sobre el autor del cuento, luego escriba en la carpeta la información más relevante

b- Extraiga las palabras cuyo significados desconozca

c- Busque los significados de esas palabras en el diccionario y anote en su carpeta de Lengua

En el fin del mundo de Santiago Craig

Esté en el fin del mundo. Usted y el apocalipsis coincidan. Sin embargo, sobreviva. Sea uno de los pocos, pero créase el único. Usted y los mosquitos. Usted y la hierba. Usted y el aire amarillo oliendo como la fiebre de un robot, como un llanto de aceite. Tenga distintas mascotas: primero, un gato sin nombre que lo siga, después, en una caja de fósforos, una cucaracha. Recorra sitios que antes eran familiares. No entienda qué sucede. Sea, como los

otros, como los muertos, alguien que se sorprendió. Por un tiempo, piense que lo que pasa no está pasando. No sea religioso, pero de todos modos, levante la vista al cielo y haga preguntas. Reciba señales de ese silencio sin sol y sin nubes; de ese borrón acuoso que ahora recubre todo. Intente recordar la luz de antes y no pueda. Intente imaginar un cielo específico, uno de su infancia, o de la última semana en la que todo era idéntico. Recree imágenes incompletas, componga un cuadro sin alma. No esté del todo seguro de acordarse cómo era con precisión una nube. Simúlela exhalando el vapor de su boca. Entienda que para lo que se perdió, no hay sustitutos. Dele de comer colillas a su cucaracha. Dele de comer veneno. Descargue en ella su frustración y asómbrese de su capacidad para metabolizar todo. Sepa que es ella la que siempre estuvo del lado de los que ganaron. Ella nació ganando, usted no. Usted sobrevivió y ahora está solo.

Cuando camine por sitios despejados, cuando se aleje de las ciudades arrastrando su carrito con mantas, agua y comidas envasadas, pregúntese a quién le pedía qué toda esa gente que se juntaba los últimos días a gritar y a levantar carteles, que se desnudaba el torso y agitaba banderas en las plazas.

Esas personas que le hablaban a un cielo que no terminaba nunca de ampararlas, que le rogaban exigiendo. Usted pueda todavía ver cómo encendían sus velas en los parques. Justicia pedían, piedad, y entre tanto, pese a ellos, sobre ellos, entre ellos, el mundo sucedía idéntico a una boca enorme, enorme, enorme, que se les reía en la cara. No los extraña a todos, pero sí a alguno. Para consolarse, converse con la cucaracha. Dígale que en este mundo ya no van a caerse chicos de seis años desde los balcones, que ya nadie va a destripar a un viejo para robarle el monedero, que no habrá alguien que mueva el vidrio para aumentar el peso de las bolsas de harina. Todas esas miserias suprimidas, pero el resto de las cosas todavía palpitantes, germinando. Hable y vaya forjándose una convicción: el fin de lo que había era necesario y deseable. Ya quedaban solamente el ocio y la ambición, la historia resbalando en gelatina. De vez en cuando, enójese porque sí, sienta que, a pesar de todo, algo le falta, y apriete a la cucaracha entre el índice y el pulgar. Después reemplácela. Hay muchas. Vea salir del cuerpo aplastado un líquido blanco y estime que de ese componente están hechas, en mayor o en menor medida, todas las cosas. Dígase que lo que antes la gente llamaba Dios es en verdad ese líquido repartido en todo. Inaccesible y obvio, molecular, insulso, omnipresente.

Caminando por los pasillos de los supermercados sin nadie, vaya volviéndose loco, tirando al azar frascos y cajas adentro de su carrito, componga mentalmente una nueva cosmogonía. Tómese de los elementos a mano: la ceniza, los químicos vivos en el aire, el humo eventual, el interior de los tallos y los insectos, de los pájaros ocasionales, de las ratas. Comience su biblia personal susurrándole al camino que en el principio todo estaba ahí, para nada. Que no había luz, ni oscuridad, que no había palabras ni voces para nombrar lo que era. Una indefinición y sombras. Siga enumerándose la inutilidad de los objetos. Las turbinas que zumban, los tanques llenos de nafta en los autos quietos, los carteles luminosos, la mostaza de Dijon, las rejillas electrificadas. De ese caos vaya extrayendo un orden.

Atribúyale a cada cosa un espacio, una categoría. Señale, nombre, defina. Avance hasta cansarse en su construcción del mundo. Igual que Dios, tenga un límite. Ensimismado, a los pies de árboles mutantes, empiece a dudar de su cordura. Perciba la presencia de otros. Por la noche, siéntase observado por ojitos amarillos. Capture en el aire murmullos que reverberan. Despiértese de golpe diciendo cualquier nombre. Abraza postes y arbustos, no encuentre a nadie. Sepa que es su imaginación solamente, su deseo. En el mundo nuevo que construyó, en el que las cosas son porque usted quiere, soslaye el olor de los cadáveres, de la basura acumulada, y enfoque su atención en la firmeza de los jazmines y las abejas, en la

obsolescencia de ciertas preocupaciones. Enorme, dueño, recorra el mundo y entienda que no hace falta ya el dinero, conseguir un trabajo, mantenerlo, comprender y adoptar convenciones sociales, mentir, ser sincero, recordar las cosas, combinar el saco y la corbata, conocer lo nuevo. Que ya no hay espacio para pensar que todo llega de afuera, que lo bueno está en otra parte, que, si esperamos un rato, en un futuro cercano, las cosas tristes van a pasar, la vida entera va a estar bien. Ahora, en este mundo que es el mundo entero en cada partecita, ya no hay engaño, porque las ciudades y las calles y los pueblos son todos el mismo, y la experiencia, decídalo, es algo que ya no sirve para nada. Sin ser melancólico, no hace falta, sin estar triste, asuma que hay un cierto grado de angustia necesario. Un hilo de zozobra que va enhebrando su deambular inconexo; que da sentido. Sorpréndase en ese estado. No sepa cuánto. Deje de pensar en un mes, en un día, deje de tratar a las horas como si de verdad fueran el tiempo. Asuma que la realidad nunca fue eso, menos ahora. Despierte del descanso y, en esa eternidad que se despliega hacia adelante, asuma que lo que necesita es compañía. Ya no un gato, un ratón, una cucaracha. Desespere, como el dios que es, como el último hombre, por la presencia de una mujer y en su cabeza, invéntela. Pisando cenizas, entienda que el barro es imaginación. Abandone el apego que antes, como todos, usted tenía por las literalidades. Moldee una mujer con la zozobra que lo abrumba, con ese barro inexistente, con esa nada que tiene. Cincele en el aire podrido su sonrisa y sus muslos, caricias húmedas, conversaciones sinceras; paseos. Sople. Vuelva a soplar. Como los chicos, como los magos, como el Dios antiguo y muerto. Con ese gesto concluya su creación. Inventándola. Con ella, recorra el paisaje mustio, frote entre sí las piedras buscando un calor desesperado, entre a los supermercados vacíos, regenere la raza, sobreviva mil diluvios más. Enamórese. Poble la Tierra.

Craig, Santiago. *27 maneras de enamorarse*. Buenos Aires: Factotum ediciones, 2018, pp. 45-49

2) Escriba un texto que no supere una carilla en su extensión. En el mismo debes explicar de qué se trata el relato de Craig, teniendo en cuenta que tu escrito debe tener una introducción, el desarrollo y conclusión

ACTIVIDAD: 4

1) Lea el siguiente artículo de la Revista digital Sophia y luego responda a las consignas:

Género: la revolución empieza por casa

La prevención de la violencia en la infancia es posible: desde los pequeños gestos y los valores cotidianos podemos generar conciencia y enseñarles a nuestros chicos a crecer como iguales.

Por Leila Sucari

Valentina llegó del colegio angustiada. Se fue a su cuarto, cerró la puerta y no quiso tomar la merienda con sus hermanos. Cuando la mamá preguntó qué le pasaba que había dejado la leche con cereales intacta, su hija de 12 años dijo que nada. La madre se sentó en el borde de

la cama y volvió a preguntar. Entonces, Valentina, enojada, le dijo que odiaba el short floreado que le habían regalado para su cumpleaños. “En el recreo me dijeron puta”, dijo al fin con los ojos llorosos y la cara contra la almohada, de vergüenza.

La violencia de género está en todas partes: en el lenguaje, en la calle, en la televisión e, incluso, en la escuela. Nacer mujer es estar expuesta a los prejuicios, abusos y discriminación desde que somos niñas. La lógica machista no distingue edad ni clase social. En las aulas, los chicos repiten el discurso y el trato que aprenden de los adultos. “Reflejan lo que viven en la casa, lo que ven en la televisión; por eso es importante explicarles, ayudarlos a codificar la información de forma correcta, sin miedo a hablar con ellos abiertamente”, dice Marina Pozo, autora del libro Alas de libertad. Prevención de la violencia de género en Educación Infantil, de Editorial MAD Eduforma. “Desde pequeños los niños pueden comprender lo qué está bien y lo qué está mal; nuestra tarea como educadores es cimentar los valores. La escuela no debe limitarse a desarrollar capacidades intelectuales”.

En nuestro país hay alrededor de un femicidio cada treinta horas. Todos los días miles de mujeres son maltratadas, violadas y humilladas por hombres que se creen con derecho sobre sus cuerpos y ejercen violencia física, sexual y psíquica con la impunidad del más fuerte. Según un informe de la ONU, una de cada tres mujeres es o fue víctima de violencia: más de 600 millones viven en lugares donde la violencia doméstica aún no es considerada un delito, 140 millones son sometidas a la ablación del clítoris, cada 3 segundos una nena menor de edad es obligada a casarse con un hombre mayor y 150 millones de niñas sufrieron violaciones o abusos sexuales. En el mundo, cada año, hay más de 66.000 mujeres asesinadas. Los datos son alarmantes.

En el principio fue el juego

La estigmatización y las distintas formas de violencia no surgen de un repollo. La cultura se encarga, desde la primera infancia, de moldear y estructurar los pensamientos de niños y niñas. Así es como los estereotipos de los varones son superhéroes fuertes y decididos, mientras que a las nenas se les exige que tengan modales delicados, vestidos rosas, que jueguen con muñecas, ayuden con las tareas domésticas y no digan malas palabras. Aunque pueda parecer ingenuo, detrás de los juegos subyace un perverso sistema de desigualdad. “La violencia de género tiene su escondite en el lugar menos sospechado: la infancia”, dice Enrique Orschanski, pediatra especialista en familia. “Alojada en rincones inocentes donde transcurre la crianza de los chicos, se define a la mujer y al hombre con preconceptos. Hay sentencias inapelables que los chicos aprenden y, sin saberlo, los inician en la violencia; por ejemplo: ‘Los chicos son fuertes y no lloran; las chicas son el sexo débil. Ellos resisten con músculos y portan apellido; ellas resisten en silencio y adoptan apellido. Los machos deciden, porque es de macho hacerlo. Las hembras acatan, porque así está mandado. Ellos juegan duro; ellas se maquillan. Los novios presionan; las novias resisten. Él agrede; ella entiende”.

Desarmar los prejuicios desde la infancia es una tarea fundamental de padres y educadores. La igualdad se construye mediante el ejemplo y la palabra. En vez de enseñarles a nuestras hijas que deben cuidarse de los varones, hay que enseñarles a los niños que respeten a las mujeres. Y esto se logra desde los pequeños detalles de la vida cotidiana: así como la limpieza no tiene por qué ser una tarea femenina, el deporte no es solo una pasión de los hombres. No debemos naturalizar que el niño pegue porque “es bruto” y que la niña llore porque “es sensible”. Se trata de educar con libertad, demostrando que, más allá de las diferencias, todos tenemos los mismos derechos. Gema Otero, historiadora especialista en género e igualdad y creadora del proyecto educativo “Señora Malilla”, explica: “Pretendemos visibilizar nuevos modelos y roles

para ambos géneros. Queremos normalizar la diversidad desde la edad infantil. Para esta misión contamos con dos cuentos coeducativos complementarios: 'Súper Lola' y 'Lalo, el príncipe rosa'. La idea es brindarles a los niños y niñas instrumentos que los ayuden a fortalecerse y a ser ellos mismos. Hay que desterrar el mito de las princesas de Disney que esperan ser recatadas por su príncipe azul. Jugamos a desmontar los tradicionales roles, invitamos a las niñas a los espacios públicos y a los niños a que entren al espacio privado. Las mujeres se han incorporado al ámbito laboral, pero los hombres no lo han hecho al de los cuidados del hogar. Esta ruptura de los estereotipos puede generar incomodidades y resulta políticamente incorrecto, pero es esencial en la lucha contra la violencia machista”.

La importancia del apego

Llevar adelante una crianza sustentada en el amor y el respeto es sentar las bases para que en el futuro los chicos sean adultos seguros de sí mismos, **puedan defender sus deseos y frenar a tiempo cualquier tipo de maltrato o abuso**. La teoría del apego surge de la mano del psicoanalista inglés John Bowlby (1907-1990), quien demostró que el vínculo fuerte con los padres –o con los cuidadores– durante los primeros años de vida promueve un desarrollo saludable y tiene efectos positivos a largo plazo, ya que genera personas autónomas, independientes y emocionalmente fuertes.

“Una buena parte de lo que ocurre hoy se relaciona con la forma en la que fueron criados los adultos, ya sean mujeres que no pueden alejarse de los abusadores u hombres que no pueden dejar de maltratar, porque es el modelo en el que se criaron y les parece natural, o porque están repitiendo lo que padecieron”, explica Maritchu Seitún, licenciada en Psicología. “En la primera infancia tenemos que ofrecer a los niños un vínculo en el que se sientan seguros, de modo que puedan confiar. Así conocerán lo que es el buen amor: que cuida, atiende, interpreta, mima, sostiene, que no maltrata, no amenaza ni culpabiliza; que pone límites sin agresión física ni psicológica. De ese modo, los niños alcanzan un vínculo de apego que les servirá de modelo para futuras relaciones. También tendrán una adecuada autoestima que les permitirá quedarse solos sabiéndose merecedores de una relación amorosa”.

Como en tantas otras cosas, **la verdadera revolución y el cambio cultural comienzan de adentro hacia afuera**. Desde los pequeños gestos cotidianos podemos generar una conciencia diferente para que las futuras generaciones crezcan con otros valores y puedan vivir en un mundo más justo, donde ser mujer no sea peligroso.

***Consignas:**

- a) Según lo leído, qué es la violencia de género y por qué se la relaciona con la palabra "femicidio"
- b) ¿A dónde encontramos maltrato y violencia de género?
- c) ¿Cómo educar a desde niños para evitar los maltratos?

Antología de Cuentos

Balada de la primera novia de Alejandro Dolina (*Extracto de Memorias del Ángel Gris*)

El poeta Jorge Allen tuvo su primera novia a la edad de doce años. Guarden las personas mayores sus sonrisas condescendientes. Porque en la vida de un hombre hay pocas cosas más serias que su amor inaugural. Por cierto, los mercaderes, los refutadores de leyendas y los aplicadores de inyecciones parecen opinar en forma diferente y resaltan en sus discursos la importancia del automóvil, la higiene, las tarjetas de crédito y las comunicaciones instantáneas. El pensamiento de estas gentes no debe preocuparnos. Después de todo han venido al mundo con propósitos tan diferentes de los nuestros, que casi es imposible que nos molesten.

Ocupémonos de la novia de Allen. Su nombre se ha perdido para nosotros, no lejos de Patricia o Pamela. Fue tal vez morocha y linda. El poeta niño la quiso con gravedad y temor. No tenía entonces el cínico aplomo que da el demasiado trato con las mujeres. Tampoco tenía -ni tuvo nunca- la audacia guaranga de los papanatas.

Las manifestaciones visibles de aquel romance fueron modestas. Allen creía recordar una mano tierna sobre su mentón, una blanca vecindad frente a un libro de lectura y una frase, tan solo una: "Me gustás vos." En algún recreo perdió su amor y más tarde su rastro.

Después de una triste fiestita de fin de curso, ya no volvió a verla ni a tener noticias de ella. Sin embargo siguió queriéndola a lo largo de sus años. Jorge Allen se hizo hombre y vivió formidables gestas amorosas. Pero jamás dejó de llorar por la morocha ausente.

La noche en que cumplía treinta y tres años, el poeta supo que había llegado el momento de ir a buscarla. Aquí conviene decir que la aventura de la Primera Novia es un mito que aparece en muchísimos relatos del barrio de Flores. Los racionalistas y los psicólogos tejen previsible metáforas y alegorías resobadas. De ellas surge un estado de incredulidad que no es el más recomendable para emocionarse por un amor perdido.

A falta de mejor ocurrencia, Allen merodeó la antigua casa de la muchacha, en un barrio donde nadie la recordaba. Después consultó la guía telefónica y los padrones electorales. Miró fijamente a las mujeres de su edad y también a las niñas de doce años. Pero no sucedió nada.

Entonces pidió socorro a sus amigos, los Hombres Sensibles de Flores. Por suerte, estos espíritus tan proclives al macaneo metafísico tenían una noción sonante y contante de la ayuda. Jamás alcanzaron a comprender a quienes sostienen que escuchar las ajenas lamentaciones es ya un servicio abnegado.

Nada de apoyos morales ni palabras de aliento. Llegado el caso, los muchachos del Ángel Gris actuaban directamente sobre la circunstancia adversa: convencían a mujeres tercas, amenazaban a los tramposos, revocaban injusticias, luchaban contra el mal, detenían el tiempo, abolían la muerte. Así, ahorrándose inútiles consejos, con el mayor entusiasmo buscaron junto al poeta a la Primera Novia.

El caso no era fácil. Allen no poseía ningún dato prometedor. Y para colmo anunció un hecho inquietante:

- Ella fue mi primera novia, pero no estoy seguro de haber sido su primer novio.
- Esto complica las cosas -dijo Manuel Mandeb, el polígrafo-. Las mujeres recuerdan al primer novio, pero difícilmente al tercero o al quinto.

El músico Ives Castagnino declaró que para una mujer de verdad, todos los novios son el primero, especialmente cuando tienen carácter fuerte. Resueltas las objeciones leguleyas, los amigos resolvieron visitar a Celia, la vieja bruja de la calle Gavilán. En realidad, Allen debió ser llevado a la rastra, pues era hombre temeroso de los hechizos.

- Usted tiene una gran pena -gritó la adivina apenas lo vio.
- Ya lo sé señora... dígame algo que yo no sepa...
- Tendrá grandes dificultades en el futuro...

- También lo sé...
- Le espera una gran desgracia...
- Como a todos, señora...
- Tal vez viaje...
- O tal vez no...
- Una mujer lo espera...
- Ahí me va gustando... ¿Dónde está esa mujer?
- Lejos, muy lejos... En el patio de un colegio. Un patio de baldosas grises.
- Siga... con eso no me alcanza.
- Veo un hombre que canta lo que otros le mandan cantar. Ese hombre sabe algo... Veo también una casa humilde con pilares rosados.
- ¿Qué más?
- Nada más... Cuanto más yo le diga, menos podrá usted encontrarla. Váyase. Pero antes pague.

Los meses que siguieron fueron infructuosos. Algunas mujeres de la barriada se enteraron de la búsqueda y fingieron ser la Primera Novia para seducir al poeta. En ocasiones Mandeb, Castagnino y el ruso Salzman simulaban ser Allen para abusar de las novias falsas.

Los viejos compañeros del colegio no tardaron en presentarse a reclamar evocaciones. Uno de ellos hizo una revelación brutal.

- La chica se llamaba Gómez. Fue mi Primera Novia
- ¡Mentira! -gritó Allen.
- ¿Por qué no? Pudo haber sido la Primera Novia de muchos. Entre todos lo echaron a patadas.

Una tarde se presentó una rubia estupenda de ojos enormes y esforzados breteles. Resultó ser el segundo amor del poeta. Algunas semanas después apareció la sexta novia y luego la cuarta. Se supo entonces que Jorge Allen solía ocultar su pasado amoroso a todas las mujeres, de modo que cada una de ellas creía iniciar la serie.

A fines de ese año, Manuel Mandeb concibió con astucia la idea de organizar una fiesta de ex-alumnos de la escuela del poeta. Hablaron con las autoridades, cursaron invitaciones, publicaron gacetillas en las revistas y en los diarios, pegaron carteles y compraron masas y canapés.

La reunión no estuvo mal. Hubo discursos, lágrimas, brindis y algún reencuentro emocionante. Pero la chica de apellido Gómez no concurrió. Sin embargo, los Hombres Sensibles -que estaban allí en calidad de colados- no perdieron el tiempo y trataron de obtener datos entre los presentes.

El poeta conversó con Inés, compañera de banco de la morocha ausente.

- Gómez, claro -dijo la chica-. Estaba loca por Ferrari.
- Allen no pudo soportarlo.
- Estaba loca por mí.
- No, no... Bueno, eran cosas de chicos. Cosas de chicos. Nada menos. Amores sin cálculo, rencores sin piedad, traiciones sin remordimiento.

El petiso Cáceres declaró haberla visto una vez en Paso del Rey. Y alguien se la había cruzado en el tren que iba a Moreno. Nada más. Los muchachos del Ángel Gris fueron olvidando el asunto. Pero Allen no se resignaba. Inútilmente buscó en sus cajones algún papel subrepticio, alguna anotación reveladora. Encontró la foto oficial de sexto grado. Se descubrió a sí mismo con una sonrisa de zonzo. La morochita estaba lejos, en los arrabales de la imagen, ajena a cualquier drama.

- ¡Ay, si supieras que te he llorado....! Si supieras que me gustaría mostrarte mi hombría... Si supieras todo lo que aprendí desde aquel tiempo...

Una noche de verano, el poeta se aburría con Manuel Mandeb en una churrasquería de Caseros. Un payador mediocre complacía los pedidos de la gente.

- Al de la mesa del fondo le canto sinceramente...

De pronto Allen tuvo una inspiración.

- Ese hombre canta lo que otros le mandan cantar.

- Es el destino de los payadores de churrasquería.

- Celia, la adivina, dijo que un hombre así conocía a mi novia... Mandeb copó la banca.

- Acérquese, amigo.

El payador se sentó en la mesa y aceptó una cerveza. Después de algunos vagos comentarios artísticos, el polígrafo fue al asunto.

- Se me hace que usted conoce a una amiga nuestra. Se apellida Gómez, y creo que vivía por Paso del Rey.

- Yo soy Gómez -dijo el cantor-. Y por esos barrios tengo una prima.

Después pulsó la guitarra, se levantó y abandonando la mesa se largó con una décima.

- *Acá este amable señor*

conoce una prima mía

que según creo vivía

en la calle Tronador.

Vaya mi canto mejor

con toda mi alma de artista

tal vez mi verso resista

pa' saludar a esta gente

y a mi prima, la del puente

sobre el Río Reconquista.

Durante los siguientes días los Hombres Sensibles de Flores recorrieron Paso del Rey en las vecindades del río Reconquista, buscando la calle Tronador y una casa humilde con pilares rosados. Una tarde fueron atacados por unos lugareños levantiscos y dos noches después cayeron presos por sospechosos.

Para facilitarse la investigación decían vender sábanas. Salzman y Mandeb levantaron docenas de pedidos. Finalmente, la tarde que Jorge Allen cumplía treinta y cuatro años, el poeta y Mandeb descubrieron la casa.

- Es aquí. Aquí están los pilares rosados.

Mandeb era un hombre demasiado agudo como para tener esperanzas.

- No me parece. Vámonos. Pero Allen tocó el timbre. Su amigo permaneció cerca del cordón de la vereda.

- Aquí no es, rajemos.

Nuevo timbrazo. Al rato salió una mujer gorda, morochita, vencida, avejentada. Un gesto forastero le habitaba el entrecejo. La boca se le estaba haciendo cruel. Los años son pesados para algunas personas.

- Buenas tardes -dijo la voz que alguna vez había alegrado un patio de baldosas grises.

Pero no era suficiente. Ya la mujer estaba más cerca del desengaño que de la promesa.

Y allí, a su frente, Jorge Allen, más niño que nunca, mirando por encima del hombro de la Primera Novia, esperaba un milagro que no se producía.

- Busco a una compañera de colegio -dijo-. Soy Allen, sexto grado B, turno mañana. La chica se llamaba Gómez.

La mujer abrió los ojos y una niña de doce años sonrió dentro suyo. Se adelantó un paso y comenzó una risa amistosa con interjecciones evocativas. Rápido como el refucilo, en uno de los procedimientos más felices de su vida, Mandeb se adelantó.

- Nos han dicho que vive por aquí... Yo soy Manuel Mandeb, mucho gusto.
- Y apretó la mano de la mujer con toda la fuerza de su alma, mientras le clavaba una mirada de súplica, de inteligencia o quizás de amenaza. Tal vez inspirada por los ángeles que siempre cuidan a los chicos, ella comprendió.
- Encantada -murmuró-. Pero lamento no conocer a esa persona. Le habrán informado mal.
- Por un momento pensé que era usted -respiró Allen-. Le ruego que nos disculpe.
- Vamos -sonrió Mandeb-. La señora bien pudo haber sido tu alumna, viejo sinvergüenza...

Los dos amigos se fueron en silencio. Esa noche Mandeb volvió solo a la casa de los pilares rosados. Ya frente a la mujer morocha le dijo:

- Quiero agradecerle lo que ha hecho....
- Lo siento mucho... No he tenido suerte, estoy avergonzada, míreme....
- No se aflija. Él la seguirá buscando eternamente.

Y ella contestó, tal vez llorando:

- Yo también.
- Algún día todos nos encontraremos. Buenas noches, señora.

Las aventuras verdaderamente grandes son aquellas que mejoran el alma de quien las vive. En ese único sentido es indispensable buscar a la Primera Novia. El hombre sabio deberá cuidar - eso sí- el detenerse a tiempo, antes de encontrarla.

El camino está lleno de hondas y entrañables tristezas. Jorge Allen siguió recorriéndolo hasta que él mismo se perdió en los barrios hostiles junto con todos los Hombres Sensibles.

PRÓLOGO: El hombre ilustrado de Ray Bradbury

En una tarde calurosa de principios de setiembre me encontré por primera vez con el hombre ilustrado. Yo caminaba por una carretera asfaltada, recorriendo la última etapa de una excursión de quince días por el Estado de Wisconsin. Al atardecer me detuve, comí un poco de carne de cerdo, unas habas y un bizcocho. Me preparaba a descansar y leer cuando el hombre ilustrado apareció sobre la colina. Su figura se recortó brevemente contra el cielo. Yo no sabía entonces que era ilustrado; sólo vi que era alto, que alguna vez había sido esbelto, y que ahora, por alguna razón, comenzaba a engordar. Recuerdo que tenía los brazos largos y las manos anchas, y un rostro infantil en lo alto de un cuerpo macizo.

Me hablo antes de verme, como si hubiese adivinado mi presencia.

-Señor, ¿sabe usted dónde podría encontrar trabajo?

-Temo que no -le respondí.

-Cuarenta años y nunca he tenido un trabajo duradero -me dijo.

Aunque hacía mucho calor, el hombre ilustrado llevaba una camisa de lana, cerrada hasta el cuello. Los puños de las mangas le ocultaban las anchas muñecas. La transpiración le corría por la cara. Y sin embargo no se abría la camisa.

-Bien -me dijo al fin-, este lugar es tan bueno como cualquiera para pasar la noche. ¿No lo molesto?

-Si usted quiere, me sobra un poco de comida -le invité.

Se sentó pesadamente y lanzó un gruñido.

-Se arrepentir de haberme invitado -me dijo-. Todos se arrepienten. Por eso no paro en ningún sitio. Aquí estamos, a principios de setiembre, en lo mejor de la temporada de las ferias. Tendría que estar ganando montones de dinero en el parque de diversiones de cualquier pueblo, y aquí me tiene, sin ninguna perspectiva. El hombre ilustrado se sacó un enorme

zapato y lo examinó con atención.

-Comúnmente conservo mi empleo diez días. Luego algo ocurre, y me despiden. Hoy ningún hombre, de ninguna feria del país se atrevería a tocarme, ni con una pértiga de tres metros.

-¿Qué le pasa? -le pregunté.

El hombre me respondió desabotonándose lentamente el cuello apretado. Cerró los ojos, y con movimientos muy lentos se abrió la camisa. Luego, con la punta de los dedos, se tocó la piel.

-Es curioso -dijo con los ojos todavía cerrados-. No se las siente, pero están ahí. No dejo de pensar que algún día miraré y ya no estarán. Camino al sol durante horas, en los días más calurosos, cocinándome y esperando que el sudor las borre, que el sol las queme; pero llega la noche, y están todavía ahí. El hombre ilustrado volvió hacia mí la cabeza, mostrándome el pecho.

-¿Están todavía ahí? -me preguntó. Durante unos instantes no respiré.

-Si -dije-, están todavía ahí. Las ilustraciones.

-Me cierro la camisa a causa de los niños

-dijo el hombre abriendo los ojos-. Me siguen por el campo. Todo el mundo quiere ver las imágenes, y sin embargo nadie quiere verlas. El hombre se sacó la camisa y la apretó entre las manos. Tenía el pecho cubierto de ilustraciones, desde el anillo azul, tatuado alrededor del cuello, hasta la línea de la cintura.

-Y así en todas partes -me dijo adivinándome el pensamiento-. Estoy totalmente tatuado. Mire. Abrió la mano. En la mano se veía una rosa recién cortada, con unas gotas de agua cristalina entre los suaves pétalos rojizos. Extendí la mano para tocarla, pero era sólo una ilustración. En cuanto al resto, no sé cómo pude quedarme quieto y mirar. El hombre ilustrado era una acumulación de cohetes, y fuentes, y personas, dibujados y coloreados con tanta minuciosidad que uno creía oír las voces y los murmullos apagados de las multitudes que habitaban su cuerpo. Cuando la carne se estremecía, las manitas rosadas gesticulaban, los labios menudos se movían, en los ojitos verdes y dorados se cerraban los párpados.

Había prados amarillos y ríos azules, y montañas y estrellas y soles y planetas, extendidos por el pecho del hombre ilustrado como una vía láctea. Las gentes se dividían en veinte o más grupos, instalados en los brazos, los hombros, las espaldas, los costados, las muñecas y la parte alta del vientre. Se los veía en bosques de vello, escondidos en una constelación de pecas, o hundidos en las cavernas de las axilas, con ojos resplandecientes como diamantes. Cada grupo parecía dedicado a su propia actividad; cada grupo era toda una galería de retratos.

-¡Oh! ¡Son hermosas! -exclamé. ¿Cómo podría describir las ilustraciones? Si en lo mejor de su carrera el Greco hubiese pintado miniaturas, no mayores que tu mano, infinitamente detalladas, con sus colores sulfurosos y sus deformaciones, quizá hubiera utilizado para su arte el cuerpo de este hombre. Los colores ardían en tres dimensiones. Eran como ventanas abiertas a mundos luminosos. Aquí, reunidas en un muro, estaban las más hermosas escenas del universo. El hombre ilustrado era un museo ambulante. No era ésta la obra de esos ordinarios tatuadores de feria que trabajan con tres colores y un aliento que huele a alcohol. Era el trabajo de un genio; una obra vibrante, clara y hermosa.

-Ah, si -dijo el hombre ilustrado-, mis ilustraciones. Me siento tan orgulloso de ellas que me gustaría destruirlas. He probado con papel de lija, con ácidos, con un cuchillo...

El sol se ponía. La luna se levantaba ya por el este.

-Pues estas ilustraciones -afirmó el hombre-, predicen el futuro. No dije nada.

-Todo está bien a la luz del sol -continuó-. Puedo emplearme entonces en una feria.

Pero de noche... Las pinturas se mueven. Las imágenes cambian.

Creo que sonreí.

-¿Desde cuándo está usted ilustrado?

-Desde el año 1900. Yo tenía entonces veinte años y trabajaba en un parque de diversiones. Me rompí una pierna. No podía moverme. Tenía que hacer algo para no perder el empleo, y entonces decidí tatuarme.

-Pero ¿quién lo tatuó? ¿Qué pasó con el artista?

-La mujer volvió al futuro -dijo el hombre-. Así es. Vivía en una casita en el interior de Wisconsin, no muy lejos de aquí. Una vieja bruja que en un momento parecía tener cien años y poco después no más de veinte. Me dijo que ella podía viajar por el tiempo. Yo me reí. Pero ahora sé que decía la verdad.

-¿Cómo la conoció? El hombre ilustrado me lo dijo. Había visto el letrero al lado del camino. ¡ILUSTRACIONES EN LA PIEL! ¡ilustraciones, y no tatuajes! ¡Ilustraciones artísticas! Y allí había estado, toda la noche, mientras las mágicas agujas lo mordían y picaban como avispas y abejas delicadas. A la mañana parecía un hombre que hubiese caído bajo una prensa multicolor: tenía el cuerpo brillante y cubierto de figuras.

-He buscado a esa bruja todos los veranos, durante casi medio siglo -dijo el hombre extendiendo los brazos-. Cuando la encuentre, la mataré. El sol se había ido. Brillaban ya las primeras estrellas y la luna iluminaba los pastos y las espigas. Las imágenes del hombre ilustrado resplandecían en la sombra como carbones encendidos, como esmeraldas y rubíes con los colores de Rouault y de Picasso, y los cuerpos enjutos y alargados del Greco.

-Cuando las imágenes empiezan a moverse, me despiden. Ocurren cosas terribles en mis ilustraciones. Cada una es un cuento. Si usted las mira atentamente unos pocos minutos, le contarán una historia. Si las mira tres horas, las narraciones serán treinta o cuarenta, y usted oírá voces, y pensamientos. Todo está aquí, en mi piel; no hay más que mirar. Pero sobre todo, hay cierto lugar de mi espalda... -El hombre ilustrado se volvió-. ¿Ve? Sobre mi omóplato derecho no hay ningún dibujo. Sólo una mancha de color.

-Sí.

-Cuando he estado con alguien un rato, ese omóplato se cubre de sombras, y se convierte en un dibujo. Si estoy con una mujer, al cabo de una hora su rostro aparece ahí, en mi espalda, y ella ve toda su vida... cómo vivirá y cómo morirá, qué parecerá cuando tenga sesenta años. Y si me encuentro con un hombre, una hora después su retrato aparece también en mi espalda. Y el hombre se ve a sí mismo cayendo en un precipicio, o aplastado por un tren... Entonces me despiden. El hombre hablaba y al mismo tiempo movía las manos sobre las ilustraciones, como para ajustar los marcos y sacarles el polvo, con los ademanes de un conocedor, de un aficionado al arte. Al fin se tendió de espaldas, a la luz de la luna. Era una noche calurosa, serena y sofocante. Nos habíamos sacado la camisa.

-¿Y nunca encontró a la vieja?

-Nunca.

-¿Y cree usted que venía del futuro?

-¿Cómo, si no, podría conocer estas historias que me pintó sobre la piel? El hombre, fatigado, cerró los ojos.

-A veces, de noche -dijo débilmente-, siento las figuras. como hormigas sobre la piel.

Sé lo que pasa entonces y lo que tiene que pasar. Yo nunca las miro. Trato de olvidarme. No debemos mirarlas. No las mire usted tampoco, se lo advierto. Vuélvame la espalda cuando se vaya a dormir. Yo estaba acostado no muy lejos. El hombre no tenía, aparentemente, un carácter violento, y las ilustraciones eran tan hermosas... Yo me hubiese ido lejos de toda esa charla. Pero las ilustraciones... Dejé que los ojos se me llenaran de imágenes. Con esos cuadros sobre el cuerpo, cualquiera podía perder la cabeza. La noche era serena. Yo podía oír la respiración del hombre ilustrado, bañado por la luna. Los grillos cantaban dulcemente en las hondonadas lejanas. Me puse de costado para ver mejor las ilustraciones. Pasó, quizá, una media hora. Yo no sabía si el hombre ilustrado se había dormido, pero de pronto lo oí respirar:

-Se mueven, ¿no es cierto? Esperé un minuto. Y luego dije:

-Sí.

Las imágenes se movían, Una por vez, uno o dos minutos. Allí, a la luz de la luna, con

el menudo tintineo de los pensamientos y las voces distantes como voces del mar, se desarrollaron los dramas. No sé si esos dramas duraron una hora o dos. Sólo sé que me quedé allí, inmóvil, fascinado, mientras las estrellas giraban en el cielo. Dieciocho ilustraciones, dieciocho cuentos. los conté uno a uno. Primero, mis ojos se posaron en una escena, una casa grande con dos personas. Vi unos buitres que volaban en un cielo rosado y ardiente. Vi leones amarillos, y oí voces. La primera ilustración tembló y se animó.

La intrusa de Jorge Luis Borges

Dicen (lo cual es improbable) que la historia fue referida por Eduardo, el menor de los Nelson, en el velorio de Cristián, el mayor, que falleció de muerte natural, hacia mil ochocientos noventa y tantos, en el partido de Morón. Lo cierto es que alguien la oyó de alguien, en el decurso de esa larga noche perdida, entre mate y mate, y la repitió a Santiago Dabove, por quien la supe. Años después, volvieron a contármela en Turdera, donde había acontecido. La segunda versión, algo más prolija, confirmaba en suma la de Santiago, con las pequeñas variaciones y divergencias que son del caso. La escribo ahora porque en ella se cifra, si no me engaño, un breve y trágico cristal de la índole de los orilleros antiguos. Lo haré con probidad, pero ya preveo que cederé a la tentación literaria de acentuar o agregar algún pormenor.

En Turdera los llamaban los Nilsen. El párroco me dijo que su predecesor recordaba, no sin sorpresa, haber visto en la casa de esa gente una gastada Biblia de tapas negras, con caracteres góticos; en las últimas páginas entrevió nombres y fechas manuscritas. Era el único libro que había en la casa. La azarosa crónica de los Nilsen, perdida como todo se perderá. El caserón, que ya no existe, era de ladrillo sin revocar; desde el zaguán se divisaban un patio de baldosa colorada y otro de tierra. Pocos, por lo demás, entraron ahí; los Nilsen defendían su soledad. En las habitaciones dismanteladas dormían en catres; sus lujos eran el caballo, el apero, la daga de hojas corta, el atuendo rumboso de los sábados y el alcohol pendenciero. Sé que eran altos, de melena rojiza. Dinamarca o Irlanda, de las que nunca oírían hablar, andaban por la sangre de esos dos criollos. El barrio los temía a los Colorados; no es imposible que debieran alguna muerte. Hombro a hombro pelearon una vez a la policía. Se dice que el menor tuvo un altercado con Juan Iberra, en el que no llevó la peor parte, lo cual, según los entendidos, es mucho. Fueron troperos, cuarteadores, cuatrerros y alguna vez tahúres. Tenían fama de avaros, salvo cuando la bebida y el juego los volvían generosos. De sus deudos nada se sabe y ni de dónde vinieron. Eran dueños de una carreta y una yunta de bueyes.

Físicamente diferían del compadraje que dio su apodo forajido a la Costa Brava. Esto, y lo que ignoramos, ayuda a comprender lo unidos que fueron. Malquistarse con uno era contar con dos enemigos.

Los Nilsen eran calaveras, pero sus episodios amorosos habían sido hasta entonces de zaguán o de casa mala. No faltaron, pues, comentarios cuando Cristián llevó a vivir con él a Juliana Burgos. Es verdad que ganaba así una sirvienta, pero no es menos cierto que la colmó de horrendas baratijas y que la lucía en las fiestas. En las pobres fiestas de conventillo, donde la quebrada y el corte estaban prohibidos y donde se bailaba, todavía, con mucha luz. Juliana era de tez morena y de ojos rasgados; bastaba que alguien la mirara, para que se sonriera. En un barrio modesto, donde el trabajo y el descuido gastan a las mujeres, no era mal parecida.

Eduardo los acompañaba al principio. Después emprendió un viaje a Arrecifes por no sé qué negocio; a su vuelta llevó a la casa una muchacha, que había levantado por el camino, y a los pocos días la echó. Se hizo más hosco; se emborrachaba solo en el almacén y no se daba con

nadie. Estaba enamorado de la mujer de Cristián. El barrio, que tal vez lo supo antes que él, previó con alevosa alegría la rivalidad latente de los hermanos.

Una noche, al volver tarde de la esquina, Eduardo vio el oscuro de Cristián atado al palenque. En el patio, el mayor estaba esperándolo con sus mejores pilchas. La mujer iba y venía con el mate en la mano. Cristián le dijo a Eduardo:

-Yo me voy a una farra en lo de Farías. Ahí la tenés a la Juliana; si la querés, usala.

El tono era entre mandón y cordial. Eduardo se quedó un tiempo mirándolo; no sabía qué hacer. Cristián se levantó, se despidió de Eduardo, no de Juliana, que era una cosa, montó a caballo y se fue al trote, sin apuro.

Desde aquella noche la compartieron. Nadie sabrá los pormenores de esa sórdida unión, que ultrajaba las decencias del arrabal. El arreglo anduvo bien por unas semanas, pero no podía durar. Entre ellos, los hermanos no pronunciaban el nombre de Juliana, ni siquiera para llamarla, pero buscaban, y encontraban razones para no estar de acuerdo. Discutían la venta de unos cueros, pero lo que discutían era otra cosa. Cristián solía alzar la voz y Eduardo callaba. Sin saberlo, estaban celándose. En el duro suburbio, un hombre no decía, ni se decía, que una mujer pudiera importarle, más allá del deseo y la posesión, pero los dos estaban enamorados. Esto, de algún modo, los humillaba.

Una tarde, en la plaza de Lomas, Eduardo se cruzó con Juan Iberra, que lo felicitó por ese primor que se había agenciado. Fue entonces, creo, que Eduardo lo injurió. Nadie, delante de él, iba a hacer burla de Cristián.

La mujer atendía a los dos con sumisión bestial; pero no podía ocultar alguna preferencia por el menor, que no había rechazado la participación, pero que no la había dispuesto.

Un día, le mandaron a la Juliana que sacara dos sillas al primer patio y que no apareciera por ahí, porque tenían que hablar. Ella esperaba un diálogo largo y se acostó a dormir la siesta, pero al rato la recordaron. Le hicieron llenar una bolsa con todo lo que tenía, sin olvidar el rosario de vidrio y la crucecita que le había dejado su madre. Sin explicarle nada la subieron a la carreta y emprendieron un silencioso y tedioso viaje. Había llovido; los caminos estaban muy pesados y serían las once de la noche cuando llegaron a Morón. Ahí la vendieron a la patrona del prostíbulo. El trato ya estaba hecho; Cristián cobró la suma y la dividió después con el otro.

En Turdera, los Nilsen, perdidos hasta entonces en la mañana (que también era una rutina) de aquel monstruoso amor, quisieron reanudar su antigua vida de hombres entre hombres. Volvieron a las trucadas, al reñidero, a las juergas casuales. Acaso, alguna vez, se creyeron salvados, pero solían incurrir, cada cual por su lado, en injustificadas o harto justificadas ausencias. Poco antes de fin de año el menor dijo que tenía que hacer en la Capital. Cristián se fue a Morón; en el palenque de la casa que sabemos reconoció al overo de Eduardo. Entró; adentro estaba el otro, esperando turno. Parece que Cristián le dijo:

-De seguir así, los vamos a cansar a los pingos. Más vale que la tengamos a mano.

Habló con la patrona, sacó unas monedas del tirador y se la llevaron. La Juliana iba con Cristián; Eduardo espoleó al overo para no verlos.

Volvieron a lo que ya se ha dicho. La infame solución había fracasado; los dos habían cedido a la tentación de hacer trampa. Caín andaba por ahí, pero el cariño entre los Nilsen era muy grande -¡quién sabe qué rigores y qué peligros habían compartido!- y prefirieron desahogar su exasperación con ajenos. Con un desconocido, con los perros, con la Juliana, que habían traído la discordia.

El mes de marzo estaba por concluir y el calor no cejaba. Un domingo (los domingos la gente suele recogerse temprano) Eduardo, que volvía del almacén, vio que Cristián uncía los bueyes. Cristián le dijo:

-Vení, tenemos que dejar unos cueros en lo del Pardo; ya los cargué; aprovechemos la fresca.

El comercio del Pardo quedaba, creo, más al Sur; tomaron por el Camino de las Tropas; después, por un desvío. El campo iba agrandándose con la noche.

Orillaron un pajonal; Cristián tiró el cigarro que había encendido y dijo sin apuro:

-A trabajar, hermano. Después nos ayudarán los caranchos. Hoy la maté. Que se quede aquí con su pilchas, ya no hará más perjuicios.

Se abrazaron, casi llorando. Ahora los ataba otro círculo: la mujer tristemente sacrificada y la obligación de olvidarla.

Un hombre sin suerte de Samanta Schweblin

EL DÍA QUE CUMPLÍ OCHO AÑOS, mi hermana —que no soportaba que dejaran de mirarla un solo segundo— se tomó de un saque una taza entera de lavandina. Abi tenía tres años. Primero sonrió, tal vez por el mismo asco, después arrugó la cara en un asustado gesto de dolor. Cuando mamá vio la taza vacía colgando de la mano de Abi, se puso tan blanca como ella.

—Abi-mi-dios —eso fue todo lo que dijo mamá— Abi-mi-dios —y todavía tardó unos segundos más en ponerse en movimiento. La sacudió por los hombros, pero Abi no respondió. Le gritó, pero Abi tampoco respondió. Corrió hasta el teléfono y llamó a papá, y cuando volvió corriendo Abi seguía de pie, con la taza colgándole de la mano. Mamá le sacó la taza y la tiró en la pileta. Abrió la heladera, sacó la leche y la sirvió en un vaso. Se quedó mirando el vaso, luego a Abi, luego el vaso y finalmente tiró también el vaso a la pileta. Papá, que trabajaba muy cerca de casa, llegó enseguida, y todavía le dio tiempo a mamá a hacer todo el show del vaso de leche una vez más, antes de que él empezara a tocar la bocina y a gritar. Mamá pasó como un rayo cargando a Abi contra su pecho. La puerta de entrada, la reja y las puertas del coche quedaron abiertas. Sonaron más bocinas y mamá, que ya estaba sentada en el coche, empezó a llorar. Papá tuvo que gritarme dos veces para que yo entendiera que era a mí a quien le tocaba cerrar. Hicimos las diez primeras cuadras en menos tiempo de lo que me llevó cerrar la puerta del coche y ponerme el cinturón. Pero cuando llegamos a la avenida el tráfico estaba prácticamente parado. Papá tocaba bocina y gritaba «¡Voy al hospital! ¡Voy al hospital!». Los coches que nos rodeaban maniobraban un rato, milagrosamente conseguían dejarnos pasar y un par de coches más adelante, todo empezaba de nuevo. Papá frenó detrás de otro coche, dejó de tocar bocina y se golpeó la cabeza contra el volante. Nunca lo había

visto hacer una cosa así. Hubo un momento de silencio y entonces se incorporó y me miró por el espejo retrovisor. Se dio vuelta y me dijo:

—Sacate la bombacha.

Tenía puesto mi jumper del colegio. Todas mis bombachas eran blancas, aunque eso era algo en lo que yo no estaba pensando y no podía entender el pedido de papá. Apoyé las manos sobre el asiento para sostenerme mejor. Miré a mamá y ella gritó:

—¡Sacate la puta bombacha!

Y yo me la saqué. Papá me la quitó de las manos. Bajó la ventanilla, volvió a tocar bocina y sacó afuera mi bombacha. La levantó bien alto mientras gritaba y seguía tocando, y toda la avenida se dio vuelta para mirarla. La bombacha era chica, pero también era muy blanca. Una cuadra más atrás una ambulancia encendió las sirenas, nos alcanzó rápidamente y nos escoltó. Papá siguió sacudiendo la bombacha hasta que llegamos al hospital. Dejaron el coche junto a las ambulancias y se bajaron de inmediato. Sin esperarnos, mamá corrió con Abi y entró en el hospital. Yo dudaba si debía o no bajarme: estaba sin bombacha y quería ver dónde la había dejado papá, pero no la encontré ni en los asientos delanteros ni en su mano, que ya cerraba desde afuera su puerta.

—Vamos, vamos —dijo papá.

Abrió mi puerta y me ayudó a bajar. Cerró el coche. Me dio unas palmadas en el hombro cuando entramos en el hall central. Mamá salió de una habitación del fondo y nos hizo una seña. Me alivió ver que volvía hablar, daba explicaciones a las enfermeras.

—Quedate acá —dijo papá, y me señaló unas sillas naranjas al otro lado del pasillo. Me senté. Papá entró en el consultorio con mamá y yo esperé un buen rato. No sé cuánto, pero fue un buen rato. Junté las rodillas, bien pegadas, y pensé en todo lo que había pasado en tan pocos minutos y en la posibilidad de que alguno de los chicos del colegio hubiera visto el espectáculo de mi bombacha. Cuando me puse derecha el jumper se estiró y mi cola tocó parte del plástico de la silla. A veces la enfermera entraba o salía del consultorio y se escuchaba a mis padres discutir. Una vez que me estiré un poquito llegué a ver a Abi moverse inquieta en una de las camillas, y supe que, al menos ese día, no iba a morir. Y todavía esperé un rato más. Entonces un hombre vino y se sentó al lado mío. No sé de dónde salió, no lo había visto antes.

—¿Qué tal? —preguntó.

Pensé en decir muy bien, que es lo que siempre contesta mamá si alguien le pregunta, aunque acabe de decir que la estamos volviendo loca.

—Bien —dije.

—¿Estás esperando a alguien?

Lo pensé. No estaba esperando a nadie o, al menos, no es lo que quería estar haciendo en ese momento. Así que negué y él dijo:

—¿Y por qué estás sentada en la sala de espera?

Entendí que era una gran contradicción. Él abrió un pequeño bolso que tenía sobre las rodillas. Revolvió un poco, sin apuro. Después sacó de una billetera un papelito rosado.

—Acá está, sabía que lo tenía en algún lado.

El papelito tenía el número 92.

—Vale por un helado, yo te invito —dijo.

Le dije que no. No hay que aceptar cosas de extraños.

—Pero es gratis, me lo gané.

—No.

Miré al frente y nos quedamos en silencio.

—Como quieras —dijo él, sin enojarse.

Sacó del bolso una revista y se puso a llenar un crucigrama. La puerta del consultorio volvió a abrirse y escuché a papá decir «no voy acceder a semejante estupidez». Me acuerdo porque ese es el punto final de papá para casi cualquier discusión, pero el hombre no pareció escucharlo.

—Es mi cumpleaños —dije.

«Es mi cumpleaños —repetí para mí misma—, ¿qué debería hacer?». Él dejó el lápiz marcando un casillero y me miró con sorpresa. Asentí sin mirarlo, consciente de tener otra vez su atención.

—Pero... —dijo y cerró la revista—, es que a veces me cuesta entender a las mujeres. Si es tu cumpleaños, ¿por qué estás en una sala de espera?

Era un hombre observador. Me enderecé otra vez en mi asiento y vi que, aun así, apenas le llegaba a los hombros. Él sonrió y yo me acomodé el pelo. Y entonces dije:

—No tengo bombacha.

No sé por qué lo dije. Es que era mi cumpleaños y yo estaba sin bombacha, y era algo en lo que no podía dejar de pensar. Él todavía estaba mirándome. Quizá se había asustado, u ofendido, y entendí que, aunque no era mi intención, había algo grosero en lo que acababa de decir.

—Pero es tu cumpleaños —dijo él.

Asentí.

—No es justo. Uno no puede andar sin bombacha el día de su cumpleaños.

—Ya sé —dije, y lo dije con mucha seguridad, porque acababa de descubrir la injusticia a la que todo el show de Abi me había llevado.

Él se quedó un momento sin decir nada. Luego miró hacia los ventanales que daban al estacionamiento.

—Yo sé dónde conseguir una bombacha —dijo.

—¿Dónde?

—Problema solucionado. —Guardó sus cosas y se incorporó.

Dudé en levantarme. Justamente por no tener bombacha, pero también porque no sabía si él estaba diciendo la verdad. Miró hacia la mesa de entrada y saludó con una mano a las asistentes.

—Ya mismo volvemos —dijo, y me señaló—. Es su cumpleaños. —Y yo pensé

«por dios y la virgen María, que no diga nada de la bombacha», pero no lo dijo: abrió la puerta, me guiñó un ojo, y yo supe que podía confiar en él. Salimos al estacionamiento. De pie yo apenas le pasaba de la cintura. El coche de papá seguía junto a las ambulancias, un policía le daba vueltas alrededor, molesto. Me quedé mirándolo y él nos vio alejarnos. El aire me envolvió las piernas y subió, acampanando mi jumper; tuve que caminar sosteniéndolo, con las piernas bien juntas. Él se volvió para ver si lo seguía y me vio luchando con mi uniforme.

—Mejor vamos pegados a la pared.

—Quiero saber a dónde vamos.

—No te pongas quisquillosa, *darling*.

Cruzamos la avenida y entramos en un shopping. Era un shopping bastante feo, no creo que mamá lo conociera. Caminamos hasta el fondo, hacia una gran tienda de ropa, una realmente gigante que tampoco creo que mamá conociera. Antes de entrar él dijo «no te pierdas» y me dio la mano, que era fría y muy suave. Saludó a las cajeras con el mismo gesto que les había

hecho a las asistentes a la salida del hospital, pero no vi que nadie le respondiera. Avanzamos entre los pasillos de ropa. Además de vestidos, pantalones y remeras, había ropa de trabajo: cascos, jardineros amarillos como los de los basureros, guardapolvos de señoras de limpieza, botas de plástico, y hasta algunas herramientas. Me pregunté si él compraría su ropa ahí y si usaría alguna de esas cosas y entonces también me pregunté cómo se llamaría.

—Es acá —dijo.

Estábamos rodeados de mesadas de ropa interior masculina y femenina. Si estiraba la mano podía tocar un gran contenedor de bombachas gigantes, más grandes que las que yo podría haber visto alguna vez, y a solo tres pesos cada una. Con una de esas bombachas podían hacerse tres para alguien de mi tamaño.

—Esas no —dijo él—, acá. —Y me llevó un poco más allá, a una sección de bombachas más pequeñas—. Mirá todas las bombachas que hay... ¿Cuál será la elegida, *my lady*?

Miré un poco. Casi todas eran rosas o blancas. Señalé una blanca, una de las pocas que había sin moño.

—Esta —dije—. Pero no tengo para pagar. Se acercó un poco y me dijo al oído:

—Eso no hace falta.

—¿Sos el dueño?

—No. Es tu cumpleaños. Sonreí.

—Pero hay que buscar mejor. Estar seguros.

—Ok, *darling* —dije.

—No digas «Ok, *darling*» —dijo él—, que me pongo quisquilloso. —Y me imité sosteniéndome la pollera en la playa de estacionamiento. Me hizo reír. Y cuando terminó de hacerse el gracioso dejó frente a mí sus dos puños cerrados y así se quedó hasta que entendí y toqué el derecho. Lo abrió: estaba vacío.— Todavía podés elegir el otro.

Toqué el otro. Tardé en entender que era una bombacha porque nunca había visto una negra. Y era para chicas, porque tenía corazones blancos, tan chiquitos que parecían lunares, y la cara de Kitty al frente, donde suele estar ese moño que ni a mamá ni a mí nos gusta.

—Hay que probarla —dijo.

Apoyé la bombacha en mi pecho. Él me dio otra vez la mano y fuimos hasta los probadores, que parecían estar vacíos. Nos asomamos. Él dijo que no sabía si podría entrar porque esos eran solo para mujeres. Que tendría que hacerlo sola. Era lógico porque, a menos que sea alguien muy conocido, no está bien que te vean en bombacha. Pero me daba miedo entrar sola al probador, entrar sola o algo peor: salir y no encontrar a nadie.

—¿Cómo te llamás? —pregunté.

—Eso no puedo decírtelo.

—¿Por qué?

Él se agachó. Así quedaba casi a mi altura, o por ahí yo unos centímetros más alta.

—Porque estoy ojeado.

—¿Ojeado? ¿Qué es estar ojeado?

—Una mujer que me odia dijo que la próxima vez que yo diga mi nombre me voy a morir. Pensé que podía ser otra broma, pero lo dijo todo muy serio.

—Podrías escribirmelo.

—¿Escribirlo?

—Si lo escribieras no sería decirlo, sería escribirlo. Y si sé tu nombre puedo llamarte y no me daría tanto miedo entrar sola al probador.

—Pero no estamos seguros. ¿Y si para esa mujer escribir es también decir? ¿Si con decir ella se refirió a dar a entender, a informar mi nombre del modo que sea?

—¿Y cómo se enteraría?

—La gente no confía en mí y soy el hombre con menos suerte del mundo.

—Eso no es verdad, eso no hay manera de saberlo.

—Yo sé lo que te digo.

Miramos juntos la bombacha, en mis manos. Pensé en que mis padres podrían estar terminando.

—Pero es mi cumpleaños —dije.

Y quizá lo hice a propósito, así lo sentí en ese momento: los ojos se me llenaron de lágrimas. Entonces él me abrazó, fue un movimiento muy rápido, cruzó sus brazos sobre mi espalda y me apretó tan fuerte que la cara me quedó hundida en su pecho. Después me soltó, sacó su revista y su lápiz, escribió algo en el margen derecho de la tapa, lo arrancó y lo dobló tres veces antes de dármelo.

—No lo leas —dijo, se incorporó y me empujó suavemente hacia los cambiadores.

Dejé pasar cuatro vestidores vacíos, siguiendo el pasillo y, antes de juntar valor y meterme en el quinto, guardé el papel en el bolsillo de mi jumper, me volví para verlo y nos sonreímos. Me probé la bombacha. Era perfecta. Me levanté el jumper para ver bien cómo me quedaba. Era tan, pero tan perfecta. Me quedaba increíblemente bien, papá nunca me la pediría para revolearla detrás de las ambulancias e incluso, si llegara a hacerlo, no me daría tanta vergüenza que mis compañeros la vieran. Mirá que bombacha tiene esta piba, pensarían, qué bombacha tan perfecta. Me di cuenta de que ya no podía sacármela. Y me di cuenta de algo más, y es que la prenda no tenía alarma. Tenía una pequeña marquita en el lugar donde suelen ir las alarmas, pero no tenía ninguna alarma. Me quedé un momento más mirándome al espejo, y después no aguanté más y saqué el papelito, lo abrí y lo leí. Salí del probador y él no estaba donde nos habíamos despedido, pero sí un poco más allá, junto a los trajes de baño. Me miró, y cuando vio que no tenía la bombacha a la vista me guiñó un ojo y fui yo la que lo tomé de la mano. Esta vez me sostuvo más fuerte, a mí me pareció bien y caminamos hacia la salida. Confiaba en que él sabía lo que hacía. En que un hombre ojeado y con la peor suerte del mundo sabía cómo hacer esas cosas. Cruzamos la línea de cajas por la entrada principal. Uno de los guardias de seguridad nos miró acomodándose el cinto. Para él mi hombre sin nombre sería mi papá, y me sentí orgullosa. Pasamos los censores de la salida, hacia el shopping, y seguimos avanzando en silencio, todo el pasillo, hasta la avenida. Fue cuando vi a Abi, sola, en medio del estacionamiento. Y vi a mamá más cerca, de este lado de la avenida, mirando hacia las esquinas. Papá también venía hacia nosotros desde el estacionamiento. Seguía a paso rápido al policía que antes miraba su coche y en cambio ahora nos señalaba. Pasó todo muy rápido. Papá nos vio, gritó mi nombre y unos segundos después el policía y dos más que no sé de dónde salieron ya estaban sobre nosotros. Él me soltó, pero dejé unos segundos mi mano suspendida hacia él. Lo rodearon y lo empujaron de mala manera. Le preguntaron qué estaba haciendo, le preguntaron su nombre, pero él no respondió. Mamá me abrazó y me revisó de arriba abajo. Tenía mi bombacha blanca enganchada en la mano derecha. Entonces, tanteándome, noté que llevaba otra bombacha. Me levantó el jumper en un solo movimiento: fue algo tan brusco y grosero, delante de todos, que yo tuve que dar unos pasos hacia atrás para no caerme. Él me miró, yo lo miré. Cuando mamá vio la bombacha negra gritó «hijo de puta, hijo de puta», y papá se tiró sobre él y trató de pegarle. Los guardias intentaron

separarlos. Yo busqué el papel en mi jumper, me lo puse en la boca y, mientras me lo tragaba, repetí en silencio su nombre, varias veces, para no olvidármelo nunca.

PARA RESOLVER LUEGO DE LA LECTURA DE LOS CUENTOS

1) Balada de la primera novia de Alejandro Dolina (*Extracto de Memorias del Ángel Gris*)

- a- Investigue y consigne los datos biográficos más importantes de la autora del cuento
- b- ¿Quién está buscando a su primera novia? ¿A quién le pide ayuda?
- c- ¿Qué recuerda de su primera novia y qué le ilusiona durante su búsqueda?
- d- ¿Dónde la encuentra? ¿qué le sucede cuando la vuelve a ver?
- e- Después de la lectura del cuento: ¿Creés que puede ser una buena experiencia buscar a nuestros primeros amores del pasado? ¿Por qué?

2) Un Hombre sin suerte de Samanta Schweblin

- a- Investigue y consigne los datos biográficos más importantes de la autora del cuento
- b- Describa el accidente a partir del cual se desarrolla el cuento y ¿Cómo reaccionan cada uno de los integrantes de la familia?
- c- ¿Cómo, dónde se conocen y qué actividades llevan a cabo el hombre sin suerte y la niña?
- d- ¿Qué dice el papel que la niña finalmente se traga?
- e- ¿Por qué te parece que el cuento se llama "Un hombre sin suerte"?

3) La intrusa de Jorge Luis Borges

- a- Investigue y consigne los datos biográficos más importantes del autor del cuento
- b- ¿Quién y a dónde se relata la historia de los Nilsen por primera vez?
- c- ¿Cómo es la relación entre los hermanos?
- d- ¿Qué es lo que modifica la relación entre ellos? ¿Por qué?
- e- En dos ocasiones, los hermanos deciden deshacerse de lo que les perturba. Describa las dos maniobras que llevan adelante para terminar con el problema
- f- Al Final de la historia ¿qué es lo nuevo que ata a los hermanos?

4) PRÓLOGO de El hombre ilustrado de Ray Bradbury

- a- Investigue y consigne los datos biográficos más importantes del autor del cuento.

b- ¿Qué características particulares tienen las ilustraciones del hombre?

c- ¿Quién de qué modo le hizo los tatuajes?

d- ¿Qué cuenta el que tiene en la espalda, en el omóplato?

e- ¿Qué problemas le traen al hombre esas ilustraciones en el cuerpo?